

MARIANO YELA GRANIZO

LA CRISIS DE LA CONVIVENCIA



# La crisis de la convivencia

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. MARIANO YELA GRANIZO (\*)

Los hombres conviven. En realidad, no pueden evitarlo, so pena de extinción. La convivencia es, por de pronto y en cierta perspectiva, un hecho biológico, común a todos los seres vivos. El hecho consiste en que cada individuo no puede vivir, ni la especie mantenerse, si no es en relación de interdependencia genética y comportamental con otros individuos de su especie, con organismos de especies diferentes y en un cierto medio biofísico determinado. Todo lo cual—convivencia en un medio—constituye un ecosistema, del que el organismo vivo forma parte. Si el ecosistema varía, puede ocurrir que la especie subsista, ajustándose a las nuevas circunstancias, que se modifique y termine por dar lugar a una nueva especie o que se extinga.

Tal es el hecho biológico que, sucintamente y en términos generales, define la convivencia animal. En esto consiste también, en cierto modo, la convivencia humana. Pero, solamente en cierto modo. El hombre no sólo vive y convive biológicamente, sino biográfica e históricamente.

Comienza, desde luego, a vivir condicionado por un esquema genético característico de la especie humana. Y para sobrevivir necesita relacionarse con otros individuos en un cierto medio biofísico

---

(\*) Disertación en Junta del martes, 14 de diciembre de 1982.

suficiente. Pero al hombre le acontece esto de forma propia y exclusiva. Le es imprescindible la convivencia con los mayores. Si éstos no le amparan, sucumbe. O si, ayudado por otros animales, sobrevive, su vida es corta y su personalidad rudimentaria y, a lo que parece, escasamente humana, como sugieren las pocas docenas de casos de los llamados *homines ferales* que constan en la bibliografía psicológica. Y—esto es lo decisivo—los mayores le amparan desde su vida y su mundo, que no son meras actividades y estímulos biofísicos, sino realidades personales, biográficas, culturales, sociales e históricas. Desde el principio, el ecosistema en que el hombre nace y se desarrolla es fundamentalmente cultural y en él operan y se integran los componentes biológicos.

La vida que el animal va viviendo consiste en la continuidad de actos con los que, del nacimiento a la muerte, responde a las situaciones estimulantes que le excitan, según sus necesidades y motivaciones—determinadas por su mensaje genético y moduladas por la experiencia—y según sus capacidades y hábitos—determinados por la interacción entre su mensaje genético y el medio estimulante, estrictamente limitado, que se corresponde con su estructura orgánica—.

La vida del hombre es diferente. Consiste también, desde luego, en esa continuidad de respuestas. Pero, aparte de que algunas de esas respuestas son cuantitativa y cualitativamente distintas de las que puede dar el animal, al hombre le sucede, sobre todo, que no sólo elabora y ejecuta sus respuestas, sino que se encuentra con ellas, se distancia de ellas, se hace problema de ellas, tiene que decidir sobre ellas y, en definitiva, dispone y se hace responsable de ellas. Va así disponiendo y haciéndose responsable de aquello a lo que responde, de lo que hace al responder, de la acción con que responde y de sí mismo respondiendo.

Va haciéndose responsable y disponiendo de aquello a lo que responde y en lo que vive, que se revela no sólo ni estrictamente como medio biofísico, sino como mundo de realidades problemáticas, personal, social y culturalmente interpretables e interpretadas, que puede conocer y estimar mejor o peor, en que puede intervenir con su conocimiento, su estimación, su ciencia y su técnica, que puede hacer más habitable, más propicio para su bienestar, para su desarrollo personal y para la convivencia humana, y que puede, asimismo,

deteriorar, degradar y hacer menos apto para la vida y la convivencia o inhabitable por entero.

Va haciéndose responsable de la obra que hace: un hacha, un huerto, una casa, un libro, una ley, un saludo, un insulto, una guerra. Y, con su obra, transforma y mejora o empeora el mundo en que vive y convive, que depende en alguna parte de él y del que él mismo en alguna parte depende.

Va haciéndose responsable de la acción con que responde, la cual, en la medida en que se encuentra con ella y la problematiza, indaga y conoce, pasa a estar de alguna manera en sus manos. Puede entonces intervenir en ella, mejorarla, deteriorarla o destruirla. Puede ampliar su visión hasta las estrellas o los neutrinos, “naturalmente” invisibles; puede cegarse los ojos con gas mostaza; puede alterar, para bien o para mal, los efectos del mensaje genético, y empieza a ser capaz de mejorar ese mensaje, hasta, tal vez, facilitar la aparición de no se sabe qué “superhombre”, o degradarlo hasta provocar, quizá, la extinción de la especie humana.

Va haciéndose el hombre, en fin y sobre todo, responsable del sí mismo que se encuentra al responder, y capaz de escoger y decidir, en alguna medida, quién va a ser entre las posibilidades que, en cada sociedad y en cada momento histórico, la convivencia en el mundo le ofrece y según la ampliación o estrechamiento de esas posibilidades que, con su acción y la de los otros, en recíproca convivencia, va configurando en el tiempo.

La convivencia animal es *mit-leben*, covitalidad mantenedora de la especie, determinada por la unidad especie-medio y básicamente inalterada mientras la especie subsiste.

La convivencia humana es, a la vez, *mit-leben*, *mit-erleben* e *inder-Welt-mit-sein*, es decir, coparticipación personalizada en la *vitalidad* y —según los términos propuestos por Ortega y Américo Castro— en la *vivencia* y en la *vividura* humanas, elaboradas biográficamente por los hombres a través de sus acciones psicobiológicas y mantenidas y transformadas en el cuerpo social a través de la historia. Tal convivencia está abierta a la decisión y responsabilidad del hombre, y varía con los tiempos, según los hombres inauguran y amplían o pierden o estrechan posibilidades y riesgos en el mundo de realidades culturalmente interpretadas en que habitan.

\* \* \*

Pues, bien, *¿cómo es hoy esa convivencia humana?* Tal es nuestro tema. No pretendo, claro está, examinarlo en toda su amplitud, ni desde todos los puntos de vista. Me limitaré a considerar algunos de sus aspectos, concretamente dos: el *consenso* y la *concordia*. Quiero decir, el consenso, como armonía de pareceres; y la concordia, como aceptación de personas. Y los estudiaré tan sólo, o preferentemente, en una de sus múltiples perspectivas posibles: la psicológica. La única en que mis ignorancias me resultan más tolerables y menos inhibitoras. La reflexión sobre el asunto la he iniciado en un trabajo reciente (1). Me propongo proseguirla ahora, subrayando lo que permanece y cambia en esos aspectos de la convivencia, para ajustarme al tema acordado por la Academia durante el presente curso.

\* \* \*

*¿Qué es el consenso y la concordia en nuestra convivencia?* Por de pronto, parece que nada bueno. La *primera impresión* es que los dos, la concordia y el consenso, sufren una aguda crisis. Veamos.

Desde luego, creo que no hay duda de que la primera impresión que todos tenemos no es que en nuestra convivencia abunden el consenso y la concordia. Nos parece, más bien, que predominan el disenso, la discordia y la violencia. Los medios de comunicación nos inundan de continuo, cada día, cada hora, cada minuto, con una riada agobiante de noticias sobre discrepancias, conflictos, amenazas, enfrentamientos, disputas, violencias, crímenes y guerras. Y, por si fuera poco, por detrás de tantas discordias y desavenencias, late, tácito o vociferante, el peligro inminente de la destrucción total.

Esa es, creo que muy aproximadamente, nuestra primera impresión. Partamos de ella. Intentemos, antes de pasar adelante, aclararla y desentrañar, con alguna precisión, lo que significa.

Como la psicología ha comprobado, la impresión que el hombre tiene de las situaciones por las que pasa depende de la *información* que de las situaciones le llega y de la *predisposición* con que a las situaciones va. Es, después de todo, lo que el hombre siempre ha pensado desde que, con algún rigor, empezó a pensar. Para Platón,

---

(1) "El consenso en la sociedad moderna", en YELA y otros: *Alternativas de la familia consensual*. Madrid, Karpos, 1982.

por ejemplo, como en la primera *Meditación del Quijote* nos recuerda Ortega, la percepción es la resultante de algo que viene del objeto a la pupila y algo que va de la pupila al objeto. O, como reza el apotegma escolástico, *quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*. No hay mucha duda: tenemos esa impresión un tanto catastrófica debido a la información que nos llega y a la actitud con que la recibimos.

\* \* \*

Empecemos por lo primero. *¿Qué información nos llega hoy y cómo?* En cierto modo, nos llega la misma y como siempre. Una mezcla de cosas buenas y malas y regulares que provienen de *observaciones y noticias*. Eso es lo que permanece: la percepción de hechos y sucesos fastos y nefastos, que obtenemos por la observación del entorno que personalmente notamos y por las noticias que otros nos transmiten de lo que ellos presuntamente notan. Esto es lo que permanece. Y con su permanencia nos indica que la vida del hombre se hace hoy y se ha hecho siempre en convivencia mixta de consenso y discrepancia, de cooperación y enfrentamiento, de concordia y violencia.

Es obvio, sin embargo, que esta permanencia no significa identidad, ni mera repetición. Hay en ella matices nuevos que delatan, en nuestros días, un cierto cambio. Y este cambio, como veremos, afecta a componentes fundamentales de la convivencia.

Hay, desde luego, *cambios en la información que nos llega*. De una parte, cambios en el *origen* de la información y en los *medios* por los que la adquirimos. De otra parte, cambios en el *contenido* de dicha información.

Se ha alterado, en primer lugar, la cuantía relativa de la información que captamos por observación directa y la que nos llega en forma de noticias remotas. Hasta no hace mucho predominaban las observaciones. Desde hace algún tiempo, y cada día más, predominan las noticias.

El cariz general de nuestra información está coloreado por las noticias que nos cuentan y que desbordan inundatoriamente las que obtenemos por observación. Y no sólo predominan las noticias, sino que aumenta su caudal y el ritmo al que se producen. En esto hay,

sin duda, cambio. Pero, lo más decisivo, es que ese cambio es acelerado: hay cada vez más cambio y el cambio es cada vez más rápido.

No es eso todo. Ha cambiado, además y muy principalmente, el medio por el que la información nos llega. El medio no son sólo nuestros ojos y nuestros oídos. Son, en proporción creciente, los oídos y los ojos de los demás. Y, sobre todo, lo que otros ven y oyen, o creen o quieren ver y oír, y entregan a los medios de comunicación, que lo organizan y transmiten. Las noticias nos llegan principalmente por el periódico—que, en lo que tiene de transmisor de ellas, depende cada vez más de las agencias y del télex—y, en cuantía ascendente, por la radio y por los medios electrónicos audiovisuales, entre ellos, y en primer lugar, la televisión. Todos estos medios, más netamente su conjunto y más peculiarmente los televisivos, además del contenido de las noticias que transmiten, e incluso independientemente de ese contenido, reúnen ciertas características, facilitadas o impuestas por sus peculiaridades técnicas, que dan un nuevo tinte al mensaje. Por estos medios, la información que nos llega es incesante, continua, rápida, torrencial, ubicua y planetaria. Nos informa casi instantáneamente de casi todo lo que pasa en casi todos los lugares. Se nos mete por los ojos y los oídos, viva y real, como la realidad misma; nos golpea y arrastra con su imagen, su color, su sonido, su movimiento, cualquiera que sea su contenido. Es el medio mismo el que funciona como mensaje. Y este medio-mensaje, sin apenas darnos tiempo ni holgura para examinarlo con calma, sin permitirnos apenas poner en marcha nuestras capacidades de crítica y reflexión, dejándonos poco menos que absortos ante el rectángulo de luz de la pantalla, nos solicita, nos rodea, nos empuja, nos lleva y nos trae, nos penetra. Como pintorescamente ha dicho McLuhan, el mensaje es el masaje. Nuestra realidad cotidiana se ve cada día más amenazada por la invasión de esa otra realidad vicaria, fantasmal, sobrerreal, vívida y dinámica, atrayente y semihipnótica, que va formando una especie de galaxia icónica, sincrética, emocional, dramáticamente persuasiva, proteica y alucinante, que lo empapa todo.

Una cosa, al menos, está clara. La información que nos llega está experimentando un cambio acelerado, tanto en su origen—crece la proporción de mensajes que nos transmiten noticias—como en el medio transmisor—predomina cada vez más el medio electrónico



audiovisual y el matiz icónico, dinámico y subyugante, que este medio confiere a lo transmitido—.

Más aún. El cambio de la información afecta, desde luego, a su origen y manera. Conviene añadir en seguida que afecta también a su contenido. De muy varios modos. Por de pronto, no todo se transmite, ni quizá nada se transmite del todo. Es verdad que esto mismo acontece con la observación directa. No solemos, sin más, ver y oír: miramos y escuchamos. Vemos y oímos, ante todo y preferentemente, lo que miramos y escuchamos, aquello a lo que atendemos, lo que nos interesa. Es cierto. Pero lo observado suele estar ahí, a la mano, para escrutarlo, para comprobar y corregir la información. Cuando lo que nos llega es la noticia, la realidad de que nos informa no está ahí, a nuestro alcance. Está en otro sitio, tal vez ya no queda de ella más que la noticia transmitida. No podemos encararnos con ella, no es hacedero demorarse en su examen. En el mejor de los casos, son otros los que quizá lo hayan hecho. Esas noticias, incluso si nos hurtamos a su poder subyugante, incluso si las grabamos y repasamos, suelen ser de comprobación difícil o imposible. Las han escogido y compuesto otros en otros lugares, tal vez en otros tiempos. ¿Cómo lo han hecho? No suele constar.

De nuevo, hay que admitir que esto ha ocurrido siempre. Siempre, como dije, la información ha estado compuesta de observaciones y noticias. Pero las noticias eran relativamente pocas y solían ser lentas. Llegaban desde lejos, tomándose su tiempo, cuando, en general, ya era tarde para hacer nada. Podían, claro está, afectarnos gravemente, pero ya nada o poco podía hacerse. Añadían un toque, tal vez importante, pero amortiguado por el tiempo y la distancia, al fondo general de la información disponible. Este fondo se iba fraguando, pausadamente, por observación y experiencia, más o menos directamente comprobables.

Ahora, no. Ahora las noticias son innumerables, rápidas y fugaces. La mayor parte de la información que recibimos nos la dan elaborada por otros y es prácticamente improbable o difícil de comprobar. Nos llega incesantemente, casi cuando los sucesos se producen. El fondo general de nuestra información son ahora las noticias, remotas e improbables, urgentes e incitantes.

Y hay más. Los nuevos modos de recoger y transmitir las noticias influyen en el contenido concreto de las noticias mismas. En

primer lugar, por dos razones que Ferrater Mora ha subrayado. La presencia, en general obvia y espectacular, de los medios de comunicación—cámaras, grabadoras, focos, micrófonos, equipos de televisión—modifica fácilmente la situación que esos medios, como un espejo indiferente y neutro, presuntamente reflejan. Una desgracia, sufrida tal vez hasta ese momento en silencio resignado, puede transformarse en una escena dramática y desgarradora ante las preguntas y las cámaras. Puede, al contrario, ocultarse y disimularse, por vergüenza, recelo o pudor. Una manifestación, hasta entonces pacífica, puede desencadenar gritos, carreras y violencias ante la “parafernalia” informativa. La presencia, cada vez más aparatosa, de los equipos de información, puede alterar, estimular, provocar, crear la noticia. A menudo, “la noticia produce la noticia”.

La segunda razón es que, inevitablemente, la noticia se da, aunque no lo parezca, interpretada. Puede ser—incluso suele ser—puntualmente fiel en todo, menos en lo principal: su contexto. El sentido de todo suceso sólo puede apreciarse en el contexto en que acontece, mas la noticia suele transmitirse desgajada de él. Noticias, miles de noticias, incontables noticias, pero cada una por su lado, en buena parte aisladas, yuxtapuestas, dejando a su espalda, imperceptible e ignota, la historia en la que se insertan y que les confiere significación. Y, cuando se transmite algún contexto, se nos da fabricado por otros. Ahí está en la pantalla, organizado, compuesto, seleccionado por otros, ofrecido, casi impuesto, de forma vivaz, coherente, persuasiva.

Las noticias son sobreabundantes, pero, sin duda, no nos informan de todo. Son una muestra de lo que acaece. Y una muestra sesgada. Ya hemos mencionado algunos sesgos. Quedan otros muchos. Añadiré sólo otros dos, por lo demás, capitales: el sesgo que introduce la selección de algo como noticia transmisible y el sesgo que impone el poder que controla los medios de comunicación.

No todo lo que pasa se juzga como noticia. Se propende a considerar noticia lo que sobresale, lo excepcional, lo sorprendente, lo chocante; con frecuencia, lo negativo. Hay muchos días en que el campo levantino prosigue bajo el sol su pacífico y lento germinar. Nada suele contarse de ello en los telediarios. La noticia surge ágil, minuciosa, tremebunda, si de pronto, la inundación arrasa tierras y viviendas. Si Pedro sonrío a Juan, eso no es noticia. Lo es, si le

roba o lo mata. Hay momentos de tranquilidad, cooperación y paz entre los hombres y los pueblos. No suelen ser noticia. La noticia son, más bien, los momentos de tensión, de enfrentamiento y de guerra.

Siempre ha sido así. Pero en otro modo y cuantía. Cuando la información procedía, sobre todo, de lo que personalmente notábamos, se percibía el mundo y la vida con diversas tonalidades, buenas y malas, positivas y negativas, de paz y de guerra, de fortuna y desgracia, de sosiego y tensión. Unas veces predominaba un aspecto; otras, otro. Ahora, no; al menos, ahora, no del todo. Ahora, la información viene, sobre todo, de las noticias. Y las noticias nos presentan, en caudal ingente y a ritmo difícilmente soportable, no sólo, pero sí principalmente, el lado nefasto de la vida, desgracias, conflictos, amenazas, violencias, terrorismo, crímenes y guerras. No es extraño que la primera impresión que los hombres de ahora tenemos de nuestro tiempo sea alarmante y catastrófica.

Pero, ¿nos podemos fiar, sin más, de esta primera impresión? No olvidemos que, en buena parte, se debe a la información, múltiplemente sesgada, que nos llega por los nuevos medios de comunicación. Todavía tenemos que afilar nuestra alerta ante otro gran sesgo. Los medios de comunicación no actúan por sí solos. Diversos poderes los controlan. Poderes que, en el mejor de los casos, sin necesidad de atribuirles ni torcidas intenciones ni malicias, perciben selectivamente lo que hay y deciden lo que es digno de contarse, según sus actitudes, estimaciones, intereses y proyectos. Poderes que, en el peor de los casos, deliberada y sistemáticamente, según asimismo sus intereses y propósitos, ocultan, censuran, destacan, deforman y, finalmente, recrean e inventan las noticias.

En sus rasgos generales, ésta es la información que recibimos y éstos los matices predominantes de su origen, sus medios de transmisión y su contenido. Nos da cuenta de un mundo en que la convivencia se caracteriza más bien por la disensión, la violencia y la discordia. ¿Es así nuestro mundo? ¿O son los sesgos que afectan a la información los culpables de que así parezca? ¿Cómo contrarrestar el influjo de esos sesgos y enterarnos mejor de lo que de verdad pasa?

Conviene recordar que la impresión que las noticias nos producen no depende tan sólo de la información que nos llega. Depende, también, como dije, de la *predisposición* con que la recibimos. ¿Cuál es

esa predisposición? ¿Cómo habría de ser para que nos ayudara a percatarnos de esos sesgos, a tenerlos en cuenta, a disminuir su influjo, tal vez a superarlos?

\* \* \*

Primero, *¿cuál es esa predisposición?* Desde luego es muy variada, según los hombres, los grupos, los Estados, las sociedades y las culturas. No todos perciben del mismo modo las mismas noticias. Unos están más indefensos que otros ante el alud informativo. Unos son más capaces que otros para separar el trigo de la paja.

Examinemos de momento lo que acontece en la sociedad occidental, cuyos rasgos civilizadores, por lo demás, y muy particularmente los de carácter técnico, van extendiéndose, con rapidez arrolladora, a todo el planeta. También en nuestra sociedad las actitudes con que la información se recibe son muy diversas. Pero cada vez resulta más claro que, por detrás de las diferencias, se va configurando un cierto fondo común. Muchos, en número creciente, se ven expuestos, desde edades cada vez más tempranas, al cúmulo abrumador de noticias sobre sucesos ingratos y violentos. Se agudiza nuestra expectativa de violencia o nos acostumbramos a ella. Nos hacemos hipersensibles o indiferentes. Hipersensibles, captamos en seguida el menor matiz de violencia. Saciados, habituados a ella, la violencia queda en el transfondo, dada por supuesto, omnipresente y consabida. La impresión general es, finalmente, más o menos la misma: la violencia lo invade todo, hay más violencia que nunca.

\* \* \*

Pero, de nuevo, ¿es así? Tratemos de ir más allá de la primera impresión. *Intentemos salvar los sesgos que afectan a la información que nos llega y a la predisposición con que la recibimos* ¿Cómo lograrlo?

Está claro que se precisa, por de pronto, adoptar, ante la información que nos llega, una actitud alerta, crítica, comprobadora, que nos permita insertar las noticias en su contexto, compararlas entre sí y con los datos de la observación directa, de la indagación científica y de la reflexión histórica.

No es tarea fácil. Depende de muchas cosas. Exige ciertas condiciones cuyo cumplimiento las distintas sociedades facilitan o dificultan en muy diverso modo y cuantía. Algunas de esas condiciones —creo que las más importantes, al menos desde el punto de vista psicológico— son las siguientes:

La tarea se hace posible y se facilita en la medida en que el hombre va hacia la información en lo que, en varios escritos, he llamado *actitud de apertura*. Consiste en ir a las situaciones predispuesto a abrirse a ellas y a contar con ellas. Esta actitud se fundamenta en sentimientos positivos de eupatía —sentir que uno vale—, simpatía —sentir que valen los otros—, autonomía —sentirse como fuente responsable de sus propias decisiones— y anástasis —sentir que vale la pena el esfuerzo de vivir—.

Animado por estos sentimientos, razonablemente seguro, cooperador, responsable y dispuesto a la brega, puede el hombre más fácilmente encararse con la información, percibir sus características, consistencias, insuficiencias y contradicciones, percatarse de los problemas que plantea, ponerse a resolverlos, ir descubriendo, en ese esfuerzo resolutivo, sus propias capacidades y limitaciones, avanzar en el proceso de conocerse a sí mismo, de ofrecerse a la comunicación con los demás, y de apropiarse, en colaboración con ellos, crítica, activa y personalmente, la información recibida.

La tarea se dificulta o imposibilita en la medida en que el hombre va hacia la información en *actitud de clausura*, dominado por sentimientos negativos de cacopatía, dispatía, heteronomía y catástasis. Inseguro, hostil, dependiente y desalentado, el hombre propende, entonces, a ver en la información, más que problemas, amenazas. Su actividad suele encaminarse, no a resolver los problemas, dificultades o incoherencias, que no percibe o percibe menos, sino a defenderse de las amenazas que agobian a su débil yo. En este esfuerzo defensivo, más preocupado por su insuficiencia que por la información que le llega, se perturba afectivamente, bloquea sus capacidades y funciones, se oculta a sí mismo y a los demás, dificulta el proceso de autoconocimiento y comunicación con los otros, se entrega pasiva y acríticamente a la información o la rehuye temeroso, desentendiéndose irresponsablemente de ella y dejando así que prosiga, por inercia, su influjo sesgado.

Esta es, a mi juicio, la primera condición que, desde la perspectiva

psicológica, debe razonablemente cumplirse para que el hombre descubra los sesgos que pueden deformar la información y pueda precaverse de ellos, tenerlos en cuenta y contrarrestarlos. Para ello, la sociedad debe facilitar el desarrollo de actitudes abiertas en sus miembros. Debe, a través de la educación y la convivencia, favorecer la seguridad y autonomía responsable de cada uno, la cooperación entre todos, la aspiración al progreso en libertad solidaria.

Esta condición no es, por supuesto, la única. Hace falta conocer, para contrarrestarlos, los concretos mecanismos deformadores por los que los sesgos de la información actúan. La sociedad debe facilitar la libre investigación de estos fenómenos y la divulgación y discusión seria y responsable de los resultados obtenidos.

Uno de los sesgos más perniciosos y tal vez el más difícil de combatir es el que introducen los poderes que controlan los medios de comunicación. Cuando ese poder es múltiple, cabe percatarse de las incoherencias que introducen los sesgos distintos y es más hacedero comparar entre sí las noticias y examinarlas críticamente. Cuando no sólo ese poder es plural, sino que también lo son otros poderes que influyen en la convivencia, tienen fuerza de sanción en las normas que la rigen y se controlan mutuamente, hay más holgura para el contraste, las comprobaciones, las indagaciones independientes. De hecho, en el asunto que ahora nos ocupa, es decir, en el poder deformante de los medios de comunicación, la investigación positiva va descubriendo que, en las condiciones de pluralidad de poderes, el individuo no está tan indefenso como a menudo se supone ante el influjo de esos medios.

Sobreabunda, es verdad, una cierta literatura que describe e interpreta de forma apocalípticamente agorera el supuesto ingreso del hombre en un nuevo ámbito histórico —la iconosfera—, en el que corre el peligro de ser manipulado y sometido a masaje, como un objeto pasivo, por el poder fascinador, hipnótico y punto menos que automático e inevitable en los medios de comunicación. Ya he mencionado algunos de estos efectos posibles. Pero hay que agregar que no son tan automáticos ni fatales. Depende, sobre todo, de la distribución del poder en la sociedad. El peligro mayor es que un solo poder lo controle todo, los medios, el Estado, la policía, las fuerzas armadas, la educación. Entonces sí. Entonces la información corre el grave riesgo de convertirse en adoctrinamiento y manipulación incontrastable.

En la sociedad en que tal acontezca, y en la medida en que impida el contacto con otras sociedades, la mayor parte de sus miembros es probable que sufra, indefensa, el influjo deformante de todos los sesgos de la información. En la medida en que el aislamiento se rompa y la información procedente de otros espacios sociales penetre y se difunda, los sesgos van quedando al descubierto y sus efectos se atenúan. En la sociedad en que no existe ese control totalitario, los hombres tienen y, según va empíricamente comprobándose, utilizan muchos procedimientos para contrarrestar ese influjo. La libertad de información y expresión y la complementaria exigencia de responsabilidad; el continuo contraste de pareceres; la educación para la iniciativa, el pensamiento crítico y la libertad responsable; la enseñanza generalizada y permanente; el crecimiento del poder de la opinión pública, en la medida en que afecte a los otros poderes de la sociedad y descansa en una información amplia y críticamente examinada; el desarrollo de la investigación y de la competencia creadora, son, entre otros, factores que favorecen el crecimiento de actitudes de apertura y el examen y puesta a prueba de la información en los grupos primarios de la familia, el trabajo y la amistad y en las diversas agrupaciones en que la sociedad se articula.

Esas son algunas de las condiciones para que el hombre pueda, más allá de los sesgos de la información que nos llega, aproximarse a conocer lo que realmente pasa. Repitamos sumariamente las principales. Que la sociedad favorezca el desarrollo de actitudes de apertura, de sentimientos de seguridad, cooperación, autonomía y esfuerzo, de libertad responsable y solidaria. Que estimule la libre investigación, comprobadora y crítica. Que alerte sobre el poder de los medios de comunicación. Que permita la pluralidad de poderes y su mutuo control. Que promueva la libertad de información y la exigencia de responsabilidades cuando la libertad se infringe o la información se falsea.

¿Se acerca la sociedad de nuestros días más que las de otros tiempos al cumplimiento de estas condiciones? Habrá que examinarlo.

\* \* \*

Sea de ello lo que fuere, la verdad es que, como decía, la impresión general, aquí y ahora, es de discrepancia, discordia y violencia.

La violencia predomina. Nuestro mundo parece más violento que nunca. ¿Lo es?

Desde luego lo parece. Pero, cuidado. *Aunque no lo sea, ¿cómo no va a parecerlo?* En primer lugar, recordemos los *sesgos* antedichos. Hoy nos llegan más noticias sobre todo lo violento que ocurre. Esas noticias nos golpean cada día con más frecuencia y rapidez, a ritmo aceleradamente vertiginoso, repetidas hasta la obsesión; nos asaltan con la fuerza de su presencia viva, con el sonido del grito, el color de la sangre, el ímpetu de la acción.

¿Qué ocurría en otras épocas? Las noticias eran menos, no llegaban o lo hacían con más lentitud y parsimonia. Pero las desavenencias, las discordias y las violencias, ¿no estaban ahí? ¿No es la historia —y, según vamos sabiendo, también la prehistoria— un formidable río de sangre? Por lo demás, todas las épocas han dejado constancia, con sus fósiles y ruinas y documentos, desde los cráneos horadados y machacados, desde los Vedas, la estela de Hammurabi o el testamento del rey hitita Hattusil I, hasta *La hora veinticinco*, *Un día en la vida de Iván Denisovich* o *La guerra del fin del mundo*, de ininterrumpidos disentimientos, discordias, enfrentamientos, combates, angustias y lamentaciones sobre la dureza y la maldad de los tiempos. El paraíso se ha colocado siempre en el remoto pasado o en el utópico futuro. El presente no ha solido considerarse ni fácil ni pacífico por los hombres que lo vivían.

En segundo lugar, *los medios para ejercer la violencia son hoy más abundantes y poderosos*. Tal vez no haya más violencia, pero es indudable que hoy es más patente y destructiva. Antes se arrojaba una piedra o se clavaba un puñal. Ahora se profiere una amenaza por teléfono y se siembra el terror en un aeropuerto, se aprieta un gatillo y se multiplican las matanzas, se pulsa un botón y una bomba arrasa un barrio o una ciudad. Mañana —quién sabe— una orden o un error puede desatar, incalculablemente devastadora, una guerra termonuclear. No es extraño, ni está injustificado, que hoy la violencia, haya la que sea, nos impresione más.

En tercer lugar, la historia parece mostrar que el hombre, en general, va siendo *más sensible a la violencia*. Nos parecen violentos cosas y sucesos que antes no lo parecían. Vamos conociendo más y mejor la violencia que anida en el fondo de muchas situaciones antes percibidas como pacíficas e incluso como paradigmáticamente idílicas.



El paisaje sosegado del campo, la selva o el mar oculta el bullir de ecosistemas que se mantienen, y acaso progresan, a través de la incesante lucha a muerte entre las especies. Es verdad que, al correr de los tiempos, ha habido épocas más feroces y más pacíficas. Pero, incluso en aquéllas en que parecía predominar el acuerdo y la concordia, la paz interna solía basarse en la prepotencia de unos y la sumisión forzada de otros, y la externa, en la ignorancia de lo que acontecía en sociedades remotas y en el menosprecio o amenaza de guerra contra las cercanas. Hoy todo eso, incluso cuando sigue aconteciendo, suele parecer violento. Como lo parece, y antes no lo parecía o apenas, disponer del esclavo o el prisionero como de una cosa, imponerse por las armas a los bárbaros, lavar el honor con la sangre o divertirse con el deforme o el bufón. Hoy cunde la impresión de que estos y otros casos parejos contienen una violencia reprobable y, si se provocan o admiten, suele hacerse con cierta mala conciencia, delatada por los intentos de ocultarlos o justificarlos con mil complejas y torcidas razones. No es sólito mostrarlos a la luz, jactarse de ellos o convivir sosegados con ellos como algo consabido y normal.

Tenemos más noticias y más impresionantes de la violencia. La violencia se muestra más terrible por sus efectos. Somos, en general, más sensibles a la violencia. Por eso nos parece más abundante la violencia y nuestro mundo más sacudido por la discrepancia y la discordia. Y tal vez lo sea. Pero, según vamos viendo, no es tan seguro.

\* \* \*

En resumen, cuando ponemos en entredicho esa primera impresión de violencia y discordia, no porque sea necesariamente falsa —que tal vez no lo sea—, sino porque es dudosa y viene afectada por los múltiples sesgos que he descrito, la cuestión se complica. Por un lado, descubrimos en nuestra convivencia, corrigiendo esa impresión, amplias zonas de consenso y crecientes posibilidades de concordia. Por otro, se confirma la permanencia de la faz torva y discordante que casi siempre ha presentado la convivencia humana, y encontramos nuevos riesgos de discordias y desavenencias que pueden llegar a la destrucción de toda convivencia posible.

El presente y el futuro de la convivencia es incierto. Como siem-

pre. Pero el futuro se muestra más prometedor y, al tiempo, más amenazante que solía. Lo que ha cambiado son las posibilidades de consenso y concordia, más amplias y profundas que en el pasado, y los riesgos de caos, más universales y perentorios que nunca. Me explicaré.

Existen, en efecto, amplias zonas de consenso en nuestra sociedad. Las he examinado en el reciente escrito al que al principio hice referencia. Consenso significa, como mínimo, convenir en algo en que las partes coinciden o se avienen a aceptar y cumplir. Buena parte de la vida y la convivencia, al menos en la sociedad occidental, se funda hoy, a pesar de incontables desviaciones, en este tipo de consenso. Se extiende el acuerdo consciente de que, desde el comienzo de la vida, hay que promover una paternidad responsable, que sea cada vez más personalmente asumida y más alejada de la mera reproducción animal. Prosigue, después, el ideal compartido de procurar educación y enseñanza a todos hasta edades y niveles cada vez más elevados, así como la aspiración común de amparar al deficiente y procurar su mejor desarrollo. Suele convenirse, cada día más, en que el trabajo y el ocio deben ser de todos y para todos, deben estar animados por una competición que favorezca la mejor producción de bienes y su libre inventiva y disfrute, pero, a la vez, fundados en ciertos acuerdos que impidan la explotación del hombre por el hombre, el desamparo del más débil y la destrucción o degradación de la tierra en que vivimos. Competición, sí; pero no a toda costa. Emulación para favorecer la iniciativa, la libre investigación y la creación de riqueza y de nuevas posibilidades de vida humana; pero limitada por acuerdos sociales y ecológicos. Se propaga el consenso de que debe ampliarse al máximo la libertad del hombre y de que esa libertad sea efectivamente del hombre, es decir, de cada uno y de todos: que la libertad de cada cual tenga como límite y horizonte la libertad de los demás. Todos solemos aceptar, por ejemplo, que la única manera de transitar, segura y libremente, por las ciudades es acatar las normas de circulación. La mayoría las respeta. Y el que no lo hace no se extraña, aunque le duela, que caigan sobre él las sanciones de un código de circulación convenido.

En el fondo de estos y otros muchos consentimientos, que regulan la convivencia en nuestra sociedad, creo que alienta un consenso fundamental, que crece y se afianza, a pesar de mil dificultades, conflictos y excepciones. Consiste en la tendencia creciente a elevar

a formulación explícita y a ley con fuerza de sanción, mediante el examen crítico y el diálogo, las presiones sociales y vigentes. Siempre han existido, por supuesto, usos y costumbres más o menos vigentes. Siempre algunos de ellos han alcanzado el rango de norma legal. Pero buena parte de las leyes procedían de una minoría dominante y tenían su origen en la prepotencia de esa minoría. La cosa está cambiando. En varias perspectivas. Primero, crece el consenso de que las coincidencias y consentimientos tácitos deben asumirse deliberada, crítica y explícitamente en forma de ley. Segundo, aumenta el consenso de que la ley debe valer para todos y promulgarse en beneficio de todos y de que su infracción ha de juzgarse de acuerdo con la misma ley y no según el arbitrio personal de nadie. Tercero, se extiende el consenso de que tanto la fuerza de la ley como su autoridad legitimadora se apoya, de algún modo, en el consenso de todos y en el diálogo reflexivo de todos o de sus representantes libremente elegidos; que las normas de convivencia deben sustentarse cada vez más en la coincidencia de pareceres y estimaciones cuando existe, y cuando no, en el parecer y estimación de la mayoría. No se trata de elevar a verdad ni a justicia la opinión de los más, ni de suponer detrás de ella una mítica voluntad general infalible. Hay sobre esto, como sobre casi todo, discrepancias de interpretación. Suele aceptarse, sin embargo, que la mayoría puede equivocarse. Suele reconocerse que, de hecho, sobre cada caso y problema, hay una minoría más informada, capaz y competente, cuya actuación tiene mayor peso. Pero se concede que la pacífica convivencia, cuando no hay consenso universal, no puede subsistir si no respeta el criterio de la mayoría. La alternativa es la imposición violenta de algunos, que sometan por la fuerza a los demás, o que, por la fuerza, los mantengan en la inferioridad o la ignorancia. Cuarto, se amplía el consenso de que la fuerza y la autoridad de las normas de convivencia no son definitivas, ni inalterables. Han de estar siempre sometidas a prueba, regulada por la misma ley. Han de permitir el cambio y la reforma, en la medida en que avance el conocimiento y la rectitud de la información. Quinto, las normas y las leyes, emanadas del consenso universal o mayoritario, abiertas a la crítica y al diálogo, suelen concebirse de tal forma que respeten el derecho de las minorías a defender pacíficamente sus opciones, amparadas por la misma ley, a la que deben, mientras no cambie, atenerse, aunque sea combatiéndola, en beneficio de la pacífica convivencia. Lo cual implica, más hondamente, el consenso de que la ley debe respetar, en

todo caso, la vida privada de cada cual y favorecer el crecimiento de posibilidades para que cada uno, limitado por la libertad de los otros y dentro de las normas acordadas, pueda desarrollar su proyecto personal de vida, sin ver forzada violentamente su conciencia. Sexto, se acentúa el consenso de que las normas de convivencia de cada sociedad deben respetar las normas de otras sociedades y no tratar de imponerles por la fuerza las normas propias, y, a la vez, crece también la creencia común de que cada sociedad no es ajena a las otras y debe esforzarse en acordar normas que sean válidas para la convivencia de todas las sociedades. De ahí surgen los intentos de establecer un derecho y unas instituciones internacionales, y la esperanza, todavía incipiente, de constituir y reconocer una sociedad común, no internacional, sino interhumana e intraplanetaria, ajustada a derecho.

Creo, aunque no estoy seguro de ello, que el consenso acerca de estos puntos es extenso y creciente. No es, desde luego, universal, ni está libre de excepciones. Se infringe cada día en todas partes, y en algunas de manera flagrante. Hay fallos y retrocesos, períodos y zonas donde avanza y otros en que se ocluye, obnubila o debilita. Es obvio que hay intransigencias y fanatismos, discrepancias y tensiones, terrorismos implacables, dictaduras y totalitarismos, violencias y guerras, sociedades intolerablemente injustas, que provocan revoluciones sangrientas y revoluciones sangrientas, que terminan en despotismos inflexibles.

La primera impresión de discrepancia y discordia no carece de fundamento. Vivimos en un mundo violento. Pero hay que corregir esa impresión simplista. No todo es violencia. Tal vez incluso la violencia no es lo más característico de nuestro mundo, sobre todo si lo comparamos con etapas del pasado. Hay amplias zonas donde crecen los consensos fundamentales que acabo de exponer, al menos como objetivo y meta; donde se promueve una educación cada vez más abierta a todos los hombres y enderezada al conocimiento comprobable de la realidad, al ejercicio de la reflexión crítica, a la organización de poderes diversos que se controlen entre sí y que permitan el contraste de noticias y propuestas, la consecución de una opinión pública crecientemente informada, la convivencia en una sociedad de derecho en la que sea posible y se facilite la libertad de indagación y expresión y se exija su ejercicio responsable.

Hay, desde luego, discrepancia y violencia. Como siempre. Pero hay también consenso y concordia pacífica. Y tal vez más que nunca. Al menos, crecen las condiciones para que los haya, y para que el consenso sea real, quiero decir, convenido entre iguales, no impuesto por los unos a los otros, mediante la fuerza o la astucia, sino elaborado, en lo posible, con la participación directa o indirecta de todos, apoyado en el convencimiento de todos o de la mayoría, siempre sometido a examen y renovación y, en principio, respetuoso con la discrepancia de las minorías y con la libertad de conciencia de cada vida privada.

Y donde estos consensos y estas condiciones para lograrlos no se dan, cada vez es más raro que se ataquen explícitamente. Por el contrario, las deformaciones a que en la práctica se someten, suelen justificarse como medios transitorios para conseguirlos de forma más plena. Hay excepciones, difíciles de callar, períodos del tiempo y zonas del mundo en que se ejerce la violencia para proteger el interés de unos pocos o su avidez de poder, para proclamar la superioridad indiscutible de una "raza" o para eliminar a los discrepantes en hornos crematorios, para aislarlos en clínicas psiquiátricas o en campos de concentración. Hay efectivamente esas y otras excepciones. Y son muy abundantes. Pero, creo, aunque no estoy del todo seguro, que, en nuestro mundo, son eso, excepciones, por muy amplias y persistentes que sean. Van en contra de una corriente profunda y general, en la que, por lo demás, suelen demagógica, artera o fanáticamente apoyarse. Me refiero al consenso creciente de que los hombres son iguales en dignidad personal y de que la sociedad debe esforzarse por elevar a todos a una participación responsable en la elaboración de las normas de convivencia.

Esto no ha ocurrido nunca en la historia. No se daban las condiciones. Lo habitual ha sido la imposición de unos hombres a otros y de unas a otras sociedades en el ejercicio espontáneo o premeditado de la lucha por el poder o la supervivencia, en un mundo dominado por la escasez y las necesidades perentorias insatisfechas.

El reconocimiento de la dignidad humana, parigual en todos como personas, ha existido desde muy antiguo, pero sólo en exiguas minorías, en la literatura sapiencial de lo que Jaspers llamó el tiempo eje, en las grandes religiones éticas y en los incontables actos individuales de abnegación con que se ha forjado la intrahistoria coti-

diana. Lo demás, los grandes hechos públicos, han estado, en general, repletos de violencia incruenta o empapados de sangre.

Hoy, las condiciones de la convivencia están cambiando. Tanto y tan radicalmente, que constituyen una situación nueva, inédita en la historia. De ahí, la impresión de crisis, perfectamente justificada. De ahí también, la impresión, tal vez no tan justificada, de violencia y desastre.

Los grandes cambios son muchos. Ya hemos mencionado algunos. Añadiré todavía cuatro, que me parecen fundamentales y decisivos: El ritmo del cambio, la iniciación de una sociedad planetaria, el acceso de la humanidad a una situación de suficiencia biofísica y la conciencia de la igualdad entre los hombres. Los cuatro significan inmensas conquistas de la civilización occidental, logradas en buena parte por el ejercicio de la razón y el desarrollo exponencial de la ciencia y la técnica. Otras civilizaciones, como escribió Ortega en *La rebelión de las masas*, han fracasado porque los principios que las regían perdieron su vigor y eficacia. La occidental está amenazada, paradójicamente, por la misma vitalidad de sus principios y los cambios que en la convivencia están introduciendo.

\* \* \*

*Nuestra sociedad no sólo cambia, lo hace a ritmo acelerado.* Tanto, que el cambio empieza a parecer insoportable. El hombre ha tenido muchas veces esta impresión. Se reiteran en la historia las lamentaciones por la celeridad insufrible del cambio, que todo lo trastorna: *Beatus ille...* Pero uno sospecha que el ritmo del cambio comienza ahora, de verdad y por vez primera, a superar la capacidad de adaptación del hombre. Apenas éste inicia su razonable comprensión y atenuamiento a la situación de hoy, se encuentra ya desfasado, porque el hoy se ha vuelto, incontinentemente, un mañana desconcertantemente distinto. Es una prueba del ingente crecimiento del poder del hombre, que descubre cada día nuevos horizontes, conocimientos y técnicas, nuevas maneras de dominar su entorno y de acrecerlo hasta los confines de la Tierra y más allá. Supone una gigantesca apertura de nuevas y más amplias posibilidades de vida y convivencia. Supone, al mismo tiempo, una constante carga de responsabilidad y una permanente amenaza de agobio y zozobra, difíciles de soportar.

*Nuestra sociedad se hace planetaria.* Lo que acontece en cualquier sitio, suele repercutir en los demás. No hay, o apenas, sociedades aisladas. Los desplazamientos de personas, cosas o noticias, son comunes, frecuentes y cada vez más extensos y fáciles. Una gran parte de la humanidad ha visto, fotografiada desde el espacio, la esfera diminuta de nuestro planeta azul. Se extiende aceleradamente la conciencia de que habitamos un mismo mundo, de que todos dependemos de todos y compartimos, cada vez más, posibilidades y riesgos, seguridades y angustias comunes. Antes, unos pocos podían resolver para algunos los problemas que surgían. Cada vez está más claro que hoy, o se resuelven de algún modo por todos y para todos, o quedan inquieta y amenazadoramente irresueltos. De nuevo, es una formidable conquista, cargada de promesas y peligros. Por vez primera, puede acontecer una efectiva convivencia humana, quiero decir, de todos los hombres. Por vez primera, si fracasa, puede destruirse toda convivencia posible.

El desarrollo del poder humano ha permitido al hombre, por vez primera en la historia, *superar la situación de escasez, desvalimiento y miseria* en que la mayoría de la humanidad ha vivido permanentemente a través de los tiempos. Hoy el hombre dispone de medios bastantes para que inmensas multitudes y, en principio, toda la humanidad, hagan su vida en una situación de suficiencia e incluso de abundancia biofísica. Hay medios técnicos sobrados para que todos tengan pan, eficaz cuidado sanitario y médico, trabajo humanizador y posibilidades de disfrutar de un ambiente confortable y de ocio personal. Nunca había ocurrido esto en la historia. Es la gran conquista material del hombre, tan cuantiosa que adquiere matices cualitativos de carácter ético y espiritual. El hombre puede, por vez primera, gozar de la Tierra como de un hogar propicio y crecientemente dominado. Puede también, por supuesto, no aprovechar esas posibilidades, dejar, como hace, que sigan muriendo de hambre cientos de millones, que continúen arrastrando una corta vida miserable o que permanezcan sometidas a un trabajo o a un paro alienantes grandes zonas de la humanidad. La abundancia sabida, cercana e innaccesible, puede provocar nuevos conflictos y rencores. El gigantesco poder de la técnica puede, en fin, utilizarse para hacer el mundo inhabitable o para destruir a la humanidad.

Finalmente, el cambio más profundo consiste en la *conciencia creciente y cada vez más completamente planetaria de que todos los*

*hombres y todos los pueblos son radicalmente iguales.* Constituye la gran conquista espiritual, apenas todavía incoada, del hombre sobre el planeta. La alcanzaron antes algunos individuos y minorías; la difundió, sobre todo, el cristianismo. Nunca ha sido tan universalmente compartida como empieza a serlo ahora. Puede inaugurar una convivencia humana verdaderamente solidaria. Puede atizar más que nunca el rencor, el resentimiento y la violencia de los que, más dotados o en algún sentido mejores, quieren ofuscar, limitar o destruir esa conciencia de igualdad y de los que, menos dotados o en algún sentido peores, la esgriman envidiosamente contra los demás para rebajar a todos a su menguado nivel.

\* \* \*

El ritmo vertiginoso del cambio supone que cada uno apenas encuentra nada suficientemente sólido en que apoyarse para hacer su vida personal. Lo que valía ayer, hoy no vale o parece que no vale. Es cada vez más frecuente que el mundo del adulto tenga muy poco que ver con el que le rodeaba cuando era niño. El padre pudo ser labrador en un pueblo de Castilla. El hijo tal vez es obrero en Madrid o Hamburgo, piloto de la TWA o profesor en Kuwait. La sociedad cambia de continuo. Cada vez ofrece más posibilidades abiertas y menos puntos de apoyo, consuetudinarios, firmes y estables. Cada cual tiene que decidir por sí mismo de manera más peyorativa y radical. Tiene que buscar, inventar y consolidar, en buena parte y cada día, sus propias raíces. Todo lo cual favorece —y hace más obligatoria que nunca— la apropiación humana del mundo y la elaboración de un proyecto de vida auténticamente personal. Pero es una carga pesada. No todos la soportan. Muchos la rehuyen. Cunde el miedo a la libertad y al peso de responsabilidades que supone. Siempre ha acontecido, como solía recordar Goethe, que la herencia de los mayores había que reconquistarla para hacerla propia. Hoy acontece más que nunca, porque las circunstancias apenas permiten otra opción. El ritmo del cambio le deja al hombre cada vez más solo y más libre frente a la realidad, con inmensos poderes para hacer su camino, y con tantas y tan variables flechas indicadoras que tiene que inventar cada día la dirección que va a seguir. Pero no todos somos héroes. El hombre, desde que nace, ha necesitado siempre, y hoy más que nunca, la cooperación de los demás



para hacer su vida, atreverse a ser auténtico y sufrir el peso de su propia libertad. De lo contrario es proclive a la rebelión gratuita, a la dislocación acrítica de los valores o a la marginación irresponsable del que "pasa" de todo, subsiste al día, vacío y ambiguo, sin proyecto personal esperanzado y hurta su esfuerzo a la tarea de mantener y mejorar la convivencia.

\* \* \*

En la sociedad planetaria no cabe resolver nada para unos pocos. Hay que resolverlo para todos. Es imprescindible la cooperación. Nunca ha sido tan necesaria y urgente. Antes, los hombres podían cooperar dentro de ciertas sociedades y grupos y mantener una convivencia soportable, al tiempo que se enfrentaban violentamente con otros grupos y sociedades o los ignoraban. Hoy ya no es posible, o lo va siendo cada vez menos. Los otros, todos, están ahí, presentes, interdependientes, haciendo sus vidas, como nosotros las nuestras, en una sociedad cada vez más común. No es posible mantener una convivencia soportable dentro de ningún grupo o sociedad parcial a costa de la violencia frente a otros, porque todos vamos viviendo en una única sociedad, en la cual el deterioro de una parte se refleja, más o menos pronto, como amenaza o desequilibrio, en el conjunto de la humanidad.

\* \* \*

El hombre domina como nunca el mundo. Todos pueden alcanzar una situación de abundancia. Pero esta situación, o se extiende a todos, mediante la cooperación, o se obtura para todos. Hay pan para todos y medios para que a todos llegue. Pero, de hecho, no llega a todos; lo que provoca conflictos, violencias y guerras que afectan a toda la humanidad. El poder del hombre se ha extendido hasta dominar en muchos aspectos la energía atómica y el código genético. Mediante la cooperación, estas conquistas pueden mejorar el caudal hereditario de la humanidad y proporcionar medios que liberen al hombre de las servidumbres biofísicas a que ha estado hasta ahora sometido. Pero, al tiempo, sin cooperación, este poder puede conducir al caos y a la destrucción. Existen hoy más de cincuenta

mil bombas nucleares. Su poder destructivo es equivalente a un millón de bombas de Hiroshima, unas tres toneladas de TNT por habitante del planeta; capaz de destruir una parte considerable de la humanidad y de provocar una degradación ecológica y genética que puede aniquilar la especie humana. O se coopera o, como acaba de declarar un amplio grupo de científicos y directores de Academias de todo el mundo, convocado por la Academia Pontificia de las Ciencias, se hace cada día más probable, por afán de poder, fanatismo, insensatez, miedo o error, la aniquilación termonuclear de toda convivencia humana.

\* \* \*

La conciencia de radical igualdad implica consecuencias que no son inequívocamente favorables. Abre posibilidades inéditas de solidaridad. Pero si no se armoniza con el reconocimiento de las inmensas diferencias psicobiológicas y biográficas entre los hombres y no se coordina con la cooperación entre todos, puede ser, en un mundo dominado por la técnica, fuente de una nivelación monstruosa y estéril, en la que todos seamos iguales en el paupérrimo sentido de ser todos anónimos e intercambiables. Puede asimismo favorecer el predominio del hombre masa que describió Ortega, incapaz de dar nada y ávido por reclamar todo, gratuitamente colmado de derechos y egoístamente yermo de deberes, predispuesto a provocar el caos de la violencia generalizada, prepotente o rencorosa, origen posible, en fin, según tantos pensadores, de la decadencia de Occidente, que, ahora, sería, con más gravedad, la decadencia o extinción de la humanidad entera.

\* \* \*

*No parece que quede otra opción: O cooperación o caos.* Puede el hombre, es verdad, ir tirando por algún tiempo, tal vez por más tiempo de lo que se piensa. Las múltiples profecías apocalípticas no se han cumplido. El año de 1984 está a la puerta, y, aunque han surgido muchos *Great Brothers*, no parece que tenga ya tiempo de llegar a la cita el *Big Brother* acabado y total que vaticinó Orwell. No está claro que Occidente haya decaído. Sufre, desde luego, mil flaquezas y lesiones, pero, a pesar de ellas, sus principios inspirado-

res van extendiéndose, aunque no sin tropiezos, por todo el planeta, y son todavía una de las fuentes más vivas—cierto que de aguas mezcladas y a veces turbias—de renovación, avance y esperanza para toda la humanidad. Hace veinte años Bertrand Russell anunció que, si no se eliminaban la tensión entre las superpotencias y las guerras locales, la humanidad se destruiría a sí misma, en inevitable holocausto, en el plazo de diez años. Ya han pasado veinte. La amenaza subsiste, pero la humanidad continúa, a pesar de las guerras locales y de la persistente tensión entre los bloques de naciones.

No sabemos cuánto tiempo puede ir tirando el hombre. Pero sí sabemos que, mientras no logre la cooperación universal, la amenaza de su destrucción persiste y un día u otro puede tener cumplimiento. Y, entre tanto, ¿merece la pena vivir bajo esa amenaza, refugiados en la necia seguridad de la indiferencia y la ignorancia, anestesiados por el placer fugitivo de cada instante, o torturados por la amargura de ir viviendo al día, sin otro horizonte para la convivencia en este mundo que el conflicto parcial permanente y el peligro constante de la autodestrucción final?

Yo no veo otra razón suficiente por la que merezca la pena vivir en este mundo que la de continuar, mientras haya tiempo, el esfuerzo hacia el entendimiento y la cooperación. Desde luego, la convivencia humana siempre ha exigido ese esfuerzo. Pero, en otras épocas, podía desatenderse. Entonces, la convivencia, quebrantada, podía subsistir y esperar momentos mejores. Hoy, es más que dudoso. Ahora, el tiempo apremia.

Preparar la cooperación y acercarse a ella, supone abrir cauces nuevos para alcanzar el consenso. Es decir, para conseguir la armonía de pareceres, por coincidencia o por consentimiento. Pero esos cauces no se abren por sí mismos. Sólo pueden descubrirse, mantenerse, consolidarse y solidariamente asumirse en la concordia, es decir, a través de la *aceptación recíproca de las personas*.

Ese es el requisito *sine qua non* para alcanzar una cooperación planetaria que confiera dignidad y sentido a la vida de cada uno y a la convivencia de todos: la *concordia*. ¿Es ésta alcanzable? Yo no veo otra vía que la que expuse en mi trabajo sobre el consenso, varias veces mencionado. Reproduciré aquí algunas de mis reflexiones.

Hemos avanzado suficientemente en la conquista del mundo para que sea posible, por vez primera en la historia, que todos los hombres, y no sólo pequeñas minorías, compartan el peso y la gracia de vivir personalmente y a la altura de responsabilidad, dignidad y autonomía que la humanidad va conquistando en su camino. Pero no hemos aprendido todavía a disponer mejor de nosotros mismos ni a dominar esos medios de conquista, que pueden por eso —y también por vez primera en la historia— dominarnos a nosotros, degradarnos a todos en una masa anónima, indiferente, conformista y rutinaria o en una horda sacudida por convulsiones de violencia erráticas, irracionales y estériles; que pueden, incluso, provocar el deterioro o la extinción biológica de la especie.

Esa es hoy la cuestión. *O cooperación o caos*. O el caos del conformismo impersonal, de la vuelta a la ley de la selva, del totalitarismo planetario, del inestable equilibrio del terror o de la aniquilación de la humanidad. O un consenso que extienda y haga universal el convencimiento de que vale la pena incorporarse con ilusión y esperanza al esfuerzo milenario de los hombres; de que todos formamos parte de una empresa que, entre fallos y tragedias, y dentro del misterio radical de la existencia —*warum ist überhaupt Seiendes und nicht vielmehr Nichts?*— ha ido colocando al hombre en sus propias manos; de que hoy la tarea primordial del hombre es abrir posibilidades reales de concordia y cooperación.

*Lo principal no es, sin más precisión, el consenso*. Tú y yo y todos, somos hombres. Cada uno con los otros, en la realidad en que está y le sobrepasa, va haciendo y apropiándose su vida personal y, a través de ella, va haciendo, en parte, el mundo en que está y el hombre que es. Yo soy yo y tú eres tú, distintos, diferentes, desiguales. Cada uno auestas con sus peculiaridades, excelencias, defectos, méritos y culpas. ¿Por qué y cómo vamos a sentir igual, a vivir en consenso?

Cada cual tiene sus creencias, ideas, sentimientos, proyectos, convicciones. Y no puede no tenerlos, esos u otros; en todo caso, los suyos. No son necesariamente iguales o los de los demás. Y, en la medida en que por su contenido lo sean, son personalmente apropiados por cada uno, según su incanjeable intimidad.

Hay, desde luego que convivir. La alternativa es destruirnos física o biográficamente, como tantas veces lo hemos hecho y lo ha-

ceмос: *homo homini lupus*. Pero hay que convivir como personas, no como lobos coincidentes en el instinto, ni como hombres despojados de dignidad personal.

Hay que convivir todos, cada uno como quien es. No se trata de renegar de las propias convicciones para alcanzar el consenso. Se trata de ahondar en ellas y dominarlas, de que cada uno las haga más propias, más personal y auténticamente suyas. Lo contrario, renunciar a ellas para llegar a un consenso, termina en el menosprecio de la dignidad del hombre y en un relativismo falaz e inane.

Como si el hombre fuera un depósito abstracto de ideas; como si diera lo mismo unas que otras y sólo importara llegar a un acuerdo sobre las que conviene, por el momento, aceptar para ir tirando.

No; no se trata de ir tirando, se trata de vivir como hombres, yo y tú y todos. ¿Cómo voy a prestar mi consentimiento a la idea de que dos más dos son cinco? ¿Cómo, si tengo la convicción de que hay que hacer el bien y combatir el mal, voy a convenir con otros en hacer lo que a ellos les parece bien y a mí mal, aunque ellos sean la mayoría o incluso todos menos yo? ¿Cómo, si creo en Dios, voy a convenir en esto con los que no creen?

La convivencia humana no puede basarse en esta idea del consenso. Ella nos lleva a un hombre vacío, a una suerte de animal oportunista, pragmático y despersonalizado, sin nada que pueda conferir sentido y dignidad a su esfuerzo de vivir.

Pero no se trata tampoco de encerrarse, como en un castillo, en las propias convicciones y de arrojarlas, como proyectiles, contra los demás. Eso no es mantener y acendrar una vida humana, con la voz de la conciencia alerta. Eso es disminuirla y estrecharla bajo el caparazón esclerótico del propio fanatismo. Toda convicción es de alguien y de algo. Mi convicción es mía y versa sobre alguna realidad. El que sea mía me obliga a poseerla mejor y más verdaderamente, es decir, a ajustarla a esa realidad para que me permita a mí atenerme a ella. En este esfuerzo personal, mis convicciones están a prueba; no son ni moneda de cambio, ni refugio intocable. Son camino hacia la realidad.

Yo soy yo y tú eres tú, distintos, desiguales, incanjeables. Pero en eso, precisamente, coincidimos. Tú eres también un yo, otro yo,

otro que yo. Tú también tienes, como yo, una vida personal, tan indeclinablemente tuya como la mía es mía. En eso somos iguales. No estamos encerrados en la mera diferencia de nuestros proyectos, juicios y decisiones, como si cada uno —pura libertad— los sacara de la nada. Estamos abiertos unos a otros, solidarios todos en el ateniimiento a la realidad en que todos somos, vivimos, juzgamos y decidimos, en la que vamos enriqueciendo o empobreciendo nuestra personalidad, con la que vamos liberando o enajenando al hombre que somos.

Ahí, en esa realidad y en su verdad, puede encontrarse el fundamento de un consenso radical: en buscar cada uno, por su propia vía irrenunciable, y sin el dictado impositivo de nadie, la verdad. La verdad de la realidad propia y ajena en que todos estamos y en cuya búsqueda podemos ir abriendo la posibilidad de encontrarnos, ayudarnos, aunarnos:

*¿Tu verdad? No, la verdad.*

*Y ven conmigo a buscarla.*

*La tuya, guárdatela.*

No es necesario el consenso como coincidencia. Puede ser incluso nefasto y despersonalizador, si es aceptación conformista e indiferente, o significa uniformidad anónima. Es necesario el consenso como actitud, como solidaridad en la búsqueda de la verdad. Esa actitud permite el encuentro personal con el otro, como radicalmente igual que yo, como otra fuente de libertad responsable, en camino, como yo, de ateniimiento a la realidad. En ese encuentro puede fundarse el respeto compartido y la voluntad del bien común, tuyo y mío y de todos. Lo cual no lleva necesariamente al consenso en estos o aquellos contenidos. Significa, más hondamente, la concordia. Que no se basa, directamente, en el derecho del hombre a defender su verdad. Sino que se funda en el deber de cada uno de buscar la verdad y de asumirla por sí mismo.

Suele afirmarse, por ejemplo, que la libertad religiosa consiste en que cada uno, sin coacción, elija la religión que quiera o las rechace todas. Como si diera igual una que otra o que ninguna, y fuera asunto de capricho. No. Demos al capricho lo que es del capricho, que también juega un importante papel en la vida del hombre. Pero demos a la dignidad de la persona humana lo que tiene de grandeza y de responsabilidad. Yo no tengo derecho a ele-

gir la religión que quiera. Yo tengo el deber de buscar la verdadera, si la hay. Claro está que tengo que buscarla yo, y que nadie me puede sustituir por entero en esta búsqueda. Tú y todos tenéis que respetar este deber mío y yo tengo que respetar este deber vuestro. Y por eso este deber vale como derecho ante los demás. Nadie tiene derecho a imponer a otro sus convicciones personales. Nadie tiene derecho a inventarlas a capricho. Todos tienen el deber de buscar las que mejor se atienen a la realidad. Todos tienen el derecho a que los demás respeten ese deber. Sólo así se puede convivir en concordia, aunque sea con disentimiento.

Convivir en concordia, respetar y aceptar al otro, querer su bien personal: es lo que llamamos amar al otro. Ese es el único consenso radical en que puede fundarse cualquier otro posible. El único que puede permitirnos cooperar y buscar juntos soluciones, incluso en la discrepancia de ideas, convencimientos y pareceres, sin imponernos a los otros, sin someternos a ellos, dando tiempo, en la concordia, a la búsqueda, al diálogo y a la reflexión común.

De ahí parte el consenso, que en cada caso requiere condiciones concretas que hay que indagar y esclarecer. Pero, en definitiva, el consenso es una consecuencia: la concordia, el fundamento. O, como decía Teresa de Avila, cuyo cuarto centenario conmemoramos ahora, el conocimiento no es habitación, es camino; la habitación es el amor.

